
Antonio Delhumeau*

*Las ciencias sociales
en EPOCA DE CRISIS*

La idea de crisis, si bien no el concepto preciso, es una antigua compañera de la reflexión del hombre acerca de sí mismo. Herodoto, padre fundador del conocimiento social e histórico, percibió con claridad y desazón la ruptura de los valores entre una generación y la inmediata anterior.

En un momento más próximo a nosotros, Don Miguel de Unamuno estableció la crisis como una falta de costumbre o inadaptación: en otras palabras, la crisis se finca en la nostalgia, en el impulso regresivo, o si se quiere, reaccionario, hacia valores que la marcha social de la historia ha dejado atrás.

En este contexto, plantearse el problema del vínculo entre una época que se concibe a sí misma en crisis y la condición actual de las ciencias sociales, su promesa y perspectiva, es una cuestión unitaria y compleja. Revela su unidad en el hecho de que han sido las propias ciencias sociales las que han aportado los criterios definitorios de la crisis y de que, a su vez, la sufren de un modo profundo e irreversible. La complejidad del asunto radica en que, precisamente, lo que se encuentra hoy en crisis es la legitimidad del estatuto de las ciencias sociales en la sociedad en la que convivimos.

Las ciencias sociales, en su tradición clásica, asumen a las crisis como conflictos entre valores. No existe hoy una gran claridad acerca del encuentro y la articulación de los objetivos prácticos que rigen la coexistencia cotidiana (entre individuos, familias, instituciones y Estados-

* Prof. de tiempo completo de la ENEP Acatlán. Director de la FCPS, UNAM (1979-1981).

naciones) y los valores que aportan los científicos sociales para encauzar esas acciones individuales-colectivas hacia los fines contemplados como valores altos, en la terminología de Gunnar Myrdal o, si se desea, como los valores superiores a los que aspiraba la difícil transmutación revolucionaria de Federico Nietzsche.

Las ciencias sociales clásicas encuentran su denominador común en la búsqueda de mejores condiciones de vida para los individuos en sus sociedades. Fuera de este eje central impera la pluralidad de problemas y alternativas.

Quizá se percibe aún como fuerza centrípeta de estos esfuerzos dispares, una gran nostalgia, sobre todo en los países con severos problemas en su desarrollo social, en torno a los valores propuestos teóricamente a las revoluciones socialistas.

En este campo, todavía se debate una corriente, hegemónica hace pocos años en las academias de las naciones subdesarrolladas, que identifica el carácter científico de los estudios sobre la historia y la sociedad con el materialismo histórico. La crisis de esta enorme metáfora cosmogónica que se escindió a sí misma entre las utopías sectarias encontradas y las represiones psicológicas colectivas e individuales, ha sido ya objeto de dos extraordinarias críticas de la razón y de la época: la de Jean-Paul Sartre y, la más reciente, de Régis Debray.

Me centraré, entonces, no tanto en los aspectos, ya explorados, de las utopías, promesas y perspectivas, cuya supervivencia está ligada, como nudo, a una transitoria impotencia económica, sino en la trabazón entre las ciencias y las realidades de la sociedad en que se atorán y surgen con fuerza las posibilidades socioindividuales promisorias, vivas y en marcha, dentro de esta ya larga y desgastante crisis.

La cuestión que me parece más relevante es la del proyecto global de las ciencias sociales. Ahora que la razón objetiva o pura ha sido socavada, de raíz, incluso por la relatividad física y el enfoque probabilístico, valorativo, de las ciencias naturales, los científicos de la sociedad se han quedado, una vez más, desnudos ante lo irrenunciable de sus compromisos, de los valores que promueven, así sea sin saberlo.

Y en esta lucha, teórica y práctica, con relación a los fines o valores, se abre de nuevo la contienda, en la época que ya se asoma al nuevo milenio, entre el afán absoluto de control (llámese planificación o racionalización) y la exploración de mayores y crecientes márgenes relativos de liberación o “desrepresión” práctica del individuo social y de la sociedad de individuos.

Estos dos enfoques antagónicos y frontales, el que sirve al poder y el que pretende liberarnos progresivamente de él, atraviesan los métodos, los enfoques y las definiciones últimas de la relación entre ciencia y so-

ciudad. Cuando se busca la racionalización y el control en los experimentos sobre los hombres quien habla es, en todo momento, la ansiedad inagotable de poder dominar la conciencia y la voluntad de otros ansiosos de poder, más débiles o novatos en su afán de trepadores de las pirámides sin cúspide.

En cambio, y a diferencia de lo que suele todavía creerse, el signo de una época emergente y porvenir no es la expansión, de los colectivos y los consecuentes requerimientos para su manipulación y control (que han concluido en los genocidios ya conocidos), sino la reivindicación de los individuos sociales. Este proceso se da a contragolpe del peso específico, casi totalizador, que han adquirido la sociedad y la cultura de masas. Las innumerables demandas de series colectivas de organización: las colas de automóviles, de compra, de trámites y de pagos; las reclamaciones de participación con amigos, compañeros de trabajo, familiares; y las expectativas de inclusión en los comités de las escuelas, desde las primarias hasta las universitarias y tecnológicas, no sólo afectan a mujeres y hombres urbanos en general, sino a quienes han de diagnosticar sus conflictos y ofrecer sus soluciones: los también “conflictuados” y desgarrados entre compromisos pequeños e inagotables, científicos sociales, los que —en los momentos creativos— podemos llamar intelectuales, hombres de cultura o, aun, hombres de ideas. La queja más frecuente de estos hombres y mujeres, con independencia de cómo los denominemos o ellos se autocalifiquen, es la pérdida de tiempo. Este lamento es grave en extremo, porque el tiempo es de lo que se construye la existencia, el proyecto de vida de la persona, el significado de su propio ser. En otros términos, la fragmentación sin fin de actividades silenciosas, obsesivas e insignificantes socava, día con día, los proyectos significativos que permitirían a las ciencias sociales reivindicar sus compromisos, cumplir algunas de sus mejores promesas y restablecer sus vínculos específicos con las perspectivas cotidianas de vida y de praxis posible de las mujeres y los hombres individuales y colectivos en su conjunto.

Es verdad, para sacudirse un tanto la preocupación económica y procurarse algunas facilidades logísticas de trabajo, los intelectuales han aceptado cargos políticos y administrativos. Incluso lo han hecho para llevar a la práctica las mejores nociones de las ciencias sociales. Pero ésta es otra historia o, mejor aún, es la biografía sempiterna de las máscaras con las que la ansiedad de poder gusta de disfrazarse para convencernos de algo distinto, en sus diversas y ya clásicas personalidades de sabiduría eficiente, fuerza práctica liberadora u opción histórica de una sociedad más moderna, honrada e incluso igualitaria. Lo que muchos intelectuales, a veces —por desgracia— los mejores, han buscado en otro tipo de quehacer —casi siempre la política profesional— es el con-

trol y la organización eficientes y productivos que nunca lograron para su propio trabajo creativo, es decir, para su proyecto original de vida. Resalto esto porque así como tiende a profesionalizarse el servicio civil en las sociedades modernas, mientras no se deslinde de él y se asuma como una vocación profunda y autosuficiente el quehacer intelectual de las ciencias sociales y de la filosofía social que las fundamenta y dirige, mantendremos a la crisis como el rótulo de la desesperanza que subyace a la infertilidad.

Pero, ¿qué posibilidades o perspectivas pueden valer la pena, el enorme grado de dificultad implicado hoy en la creación intelectual, en una sociedad masificada, anónima e impersonal, ámbito de acciones colectivas, dispersas, casi siempre irrelevantes?

La realidad es que las ciencias sociales están desconcertadas ante los rasgos inéditos de la cultura que domina a las sociedades de masas. No es casual que Baudrillard manifieste su propio estupor ante lo desconocido como un estar “a la sombra de las mayorías silenciosas”. Frente al fenómeno de una cultura de imágenes, de pasiones razonables y de gestos fríos, de cuerpos presentes y miradas distantes, de conformación irritada ante una vida siempre en trámite, cada vez más burocrática, los científicos sociales sienten ya muy lejos aquella entusiasta alegoría del medio siglo por la cual se creía que avanzábamos hacia una sociedad más libre y racional prefigurada por las ciencias. Y es que, la crisis desgarradora de los valores, ha mostrado, sin más, la impotencia de esa moderna y ya vieja Razón Analítica que todo lo cosifica, que pretendía –y quizá lo anhela todavía– poner al mundo bajo control e inventario: desde ese afán aún se queja de la imposibilidad de hacerse con tanta información, que ha desagregado ella misma. Los racionalistas analíticos suelen aceptar que no pueden proporcionar ya un sentido y un alcance significativo a los datos con los que, ellos mismos, intentaban identificar y transformar, manipulándola, a una realidad social que creían positiva, planificable, experimental.

Su más acérrima enemiga externa e interna vuelve por su fueros, desde todas partes y al mismo tiempo: la conciencia sensible, apasionada, plena de emociones cimbrantes, de lenguajes imaginarios y fantasmales. Esta conciencia imaginaria, no sólo se les aparece al encender el televisor o entrar a un cine, sino al recorrer las calles o cualquier otro camino y no me refiero aquí a las imágenes de los anuncios publicitarios, sino a la fuerza de la expresión corporal con que los jóvenes de hoy y del inmediato futuro exigen el reconocimiento a sus diferencias, a su ser personal que se vincula con otros desde y gracias a esas divergencias y no a pesar de ellas.

De esto habrán de tratar las ciencias sociales, en su gran promesa de vinculación de biografías e historias —como la llamaba en su imaginación Wright Mills—: de un progresivo esfuerzo sintético del individuo como ser social y de la sociedad como organización desordenada de individuos sociales, de la razón y de la pasión, de la imagen y la palabra, de la administración y la iniciativa autofirmadora de la creación personal en lo económico, en lo técnico, en lo político, pero también en lo intelectual, es decir, en el campo más próximo a la conciencia sensible.

Es que quizás Herodoto, hace más de una era, buscaba con razón el sentido de la crisis en ese escándalo —que el compartía— ante los valores de las generaciones nuevas, vigorosas, irrefrenables y emergentes. Estos jóvenes de hoy, con menos lecturas y palabras, con más imágenes sensibles, son los portadores de una ya diversa, en su raíz, razón apasionada. ¿Podrá hacerse con ella las ciencias sociales?: sólo si superan su crisis o, en los términos de Unamuno, su nostalgia por valores en extinción: valoraciones controladoras —hiperracionalistas-frías-sólo conceptuales, que anhelan el experimento de la sociedad y no se atreven a departir, en cambio, su experiencia de la vida. Y es que para afirmar los valores apenas emergentes es necesario asumir aquel valor de origen, su primera definición, lo que siempre hemos de llamar coraje.

Este coraje asume hoy la forma de una extraña paradoja: los científicos sociales, los intelectuales, los hombres de cultura, tienen que comprender e incluirse en el espíritu del tiempo sin dejarse avasallar por él. Han de reconocer los valores de la actual cultura de masas, su conciencia de imágenes y su razón de pasiones y de síntesis vertiginosas, sin someterse a sus requerimientos de éxito instantáneo y a su búsqueda mercantil de productores culturales prefabricados para un consumo inmediato. Hoy, las ciencias sociales tienen que ser cotidianas en su diagnóstico sin tratar de ser reconocidas como la gloria del día. Quienes nos aboquemos a ellas debemos contar con el valor de la paciencia en el rastreo de los diagnósticos y las soluciones, a un plazo amplio, de una cotidianeidad cuyo sentido se ha desgarrado en fragmentos inabarcables para una lógica analítica, ella misma hiperespecializada y fragmentadora. Y esto se logra con madurez: por ejemplo, a los 35 años de existir la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, y dependiendo de la fuerza multidisciplinaria del tronco común de una ciencia social unitaria que incorpora y abarca la filosofía social, a la economía política, a la psicología dinámica y a las lecciones de la historia, al estudio de nuestras comunicaciones en la sociedad y la política que hacemos y nos hace, en el contexto internacional contemporáneo y a través del esfuerzo por administrarnos mejor.

Con esta descripción me refiero al compromiso; a la promesa y a la

perspectiva concreta, que definen a nuestra Facultad en su momento de madurez y que aquí hoy, también nosotros, celebramos con una nueva exigencia de rigor, más libre y creativo; quizá más disciplinado y congruente: se trata, por supuesto, de la exigencia que nos hacen los jóvenes, los futuros científicos sociales.